

REFUNDACIÓN DE LA NACIÓN DE QUEBEC

Simon Langlois*

Traducción de Ma. de Lourdes
Aranda

Los temas que se discutieron en la década 1990-2000, fueron: el TLC, Unión Social, la repartición de los gastos de los grandes programas sociales entre los gobiernos federales y provinciales, la gestión de las finanzas públicas y el déficit cero en las dos administraciones de gobierno; los debates con relación a la nación quebequense y a la identidad nacional ocuparon un lugar central. La década de los noventa fue una de las más efervescentes en la historia debido a la búsqueda de un modo de definir colectivamente a Quebec, como una forma de nombrar al conjunto de ciudadanos que viven ahí. La reflexión sobre la nación quebequense no es nueva como lo muestra el surgimiento del vocablo quebequense que se impuso en los años sesenta. La palabra quebequense se tomaba entonces como sinónimo del “canadiense francés de Quebec”, más tarde adquirió una dimensión diferente, extensa e incluyente y actualmente sigue siendo tema de debate.

La reflexión nacional dio un nuevo giro en los debates en torno al contenido para otorgar a la nación de sociedad distinta, inscrita en el Acuerdo del Lago Meech y negociado en 1987 por el gobierno Bourassa, el cual fue rechazado en junio de 1990. El antes y el después

del referéndum de 1995, han acentuado aún más el esfuerzo de razonamiento sobre la nación en Quebec. Con referencia “al dinero y a los votos étnicos” como causa de la derrota de la opción soberanista a mediados de la década —y quizás aún más a la referencia explícita al “nosotros” quebequenses en el discurso del señor Parizeau la noche del 30 de octubre de 1995—, ya que pusieron en relieve este problema que hay que dar a este “nosotros”, no sólo en el discurso del mismo movimiento soberanista sino más ampliamente en todos los medios de la sociedad quebequense.

La razón de esta efervescencia en torno a la cuestión nacional debe buscarse también en las mutaciones sociales y culturales endógenas vigentes en Quebec y en las mutaciones morfológicas de la sociedad quebequense que invitan a nuevas definiciones de la colectividad. La migración y el crecimiento de la diversidad cultural y étnica, se citan constantemente para justificar la apertura de un debate sobre la cuestión nacional, pero sobre todo, las leyes lingüísticas adoptadas en los años setenta así como otras medidas cuya meta es la integración de los inmigrantes a la mayoría francoparlante, produjeron sus efectos manejando en el sistema escolar quebequense una diversidad más amplia de orígenes étnicos y de religiones cada vez más importante, un fenómeno que contribuyó en 1990 a hacer necesaria una reestruc-

*Universidad de Laval

turación profunda del sistema de enseñanza, así como al abandono de la referencia confesional en beneficio de la referencia lingüística. Quebec, empezó a cuestionarse más tardíamente que Canadá, sobre la necesidad de revisar el modo de definirse colectivamente en contexto de inmigración y de diversidad cultural; los años noventa significaron en este punto un cambio mayor en los discursos públicos.

Los cambios observables en el ámbito internacional, los debates sobre la mundialización y el TLC, sin olvidar las experiencias internacionales como la evolución de la Unión Europea hacia una mayor integración, el colapso de los regímenes comunistas del este o los conflictos con una fuerte connotación étnica en la ex Yugoslavia, la ex URSS o en África principalmente, han contribuido al surgimiento en el plano internacional a una nueva reflexión sobre el concepto de nación, la diversidad cultural, el multiculturalismo y la soberanía nacional.

El concepto de nación es muy amplio, los diagnósticos sociohistóricos se han multiplicado en los últimos años —no solamente en Quebec, sino en otras partes del mundo occidental— hasta tal punto que ha resultado difícil lograr acuerdos. La discrepancia sobre la manera con la cual se puede caracterizar la nación y la identidad nacional, es profunda en Quebec, pero nos habríamos equivocado en pensar que se trata de una particularidad quebequense, porque tales debates también ocurren en otros lugares, en ocasiones con igual intensidad.

Existe un consenso en torno al concepto de nación quebequense. Esta es una nación refundada en el sentido conceptualizado por Fernand Dumont a una nación fundada sobre nuevas bases si se retoma la expresión de Charles Taylor. Este proceso de refundación es objeto de debate y discusión pública. No hay un acuerdo general sobre el concepto de nación quebequense, para unos abarca el antiguo significado francés mientras que para otros, es una realidad incluyente y abierta a los inmigrantes, dando también lugar a los angloparlantes definida como minoría nacional.

El ciudadano medio observa confundido tales debates al parecer bizantinos, mientras que para otros podrían ser esotéricos o inútiles. La representación compartida de una definición colectiva de la identidad

está en el centro de las políticas públicas y de la vida social como queda de manifiesto en numerosos países que viven conflictos entre comunidades nacionales.

Recordemos brevemente los aspectos principales del debate, aunque con la imposibilidad de incluir todas las ideas de los participantes. Proponemos delinear los elementos que crean consenso examinando de manera crítica los argumentos propuestos por unos y otros. Examinaremos en seguida los aspectos pendientes, tales como analizar el lugar que tendrán en esta sociedad los angloquebequenses y los amerindios.

La nación refundada

La cuestión de la integración simbólica ha resultado fundamental en las sociedades contemporáneas, en un contexto marcado por el relativismo, el pluralismo, el cuestionamiento de las tradiciones, la lucha por los derechos individuales y la diversidad de pertenencias y orígenes. (Caldwell. 1988; Kymlicka, 1995; Nelly, 1997, 2002). Sería un error pensar que las cuestiones de identidad son propias de las sociedades actuales. Otros aspectos, tanto sociales como económicos también tienen gran e inciden profundamente en la identidad. La apertura de fronteras por ejemplo (libre comercio, la construcción de la comunidad europea), obliga a replantear sobre la identidad nacional. Lo mismo se puede decir de la adopción de leyes que modifican profundamente las relaciones entre los diferentes grupos étnicos. Esa es la situación de Canadá con la ley sobre el bilingüismo oficial de 1968, en Quebec; con la ley 101 de 1978 en Estados Unidos, al finalizar la discriminación racial en los años sesent. Tales leyes llevaron a mayorías y minorías a redefinir su *modus vivendi* cotidiano y les obligaron a redefinir los contornos de su identidad y la representación que de ellos mismos tenían en un nuevo contexto.

Es de suma importancia el cuestionamiento de la perspectiva esencialista. “Hay que evitar considerar el concepto de nación de forma esencialista, como algo absoluto y universal, fijo y estable de una vez para siempre”. Esto es lo que sostiene Guy Rocher (2000, p. 289). Tal punto de vista es compartido por otros

autores. Las formas que asume la nación pueden variar en la historia de una comunidad entera y además pueden ser diversas entre una comunidad nacional y otra. Por tanto, es incorrecto oponer, por ejemplo, la nación étnica a la nación cívica como si fuesen dos entidades con una existencia sociológica, ya que son tipos ideales según Max Weber, es decir, se trata de modelos de análisis que formalizan cierto número de propiedades o características que no pretenden describir en concreto a las naciones.

En segundo lugar, toda nación tiene una historia que cambia con el tiempo. Por ello hay que considerar a la nación en su evolución de una época a otra. “Los estados y las naciones se refundan periódicamente”; nosotros nos encontramos ante esta problemática, como en 1850, como sostiene Fernand Dumond (2000) en una entrevista que fue publicada después de su muerte. Es la misma perspectiva que adoptó Gérard Bouchard (1999) en su ensayo de definición quebequense sobre el cual nos detendremos más adelante. Tomemos por ahora dos ejemplos que ilustran tal perspectiva: Canadá y Estados Unidos.

Canadá fue fundado en 1867 por cuatro colonias británicas, pero también desde el punto de vista canadiense-francés de entonces, por dos grandes grupos lingüísticos. Las comunidades amerindias estaban entonces al margen y excluidas de las negociaciones constitucionales. Millones de personas inmigraron, basta recordar que de 1945 al 2000, el equivalente de la población de un país total como Austria inmigró a Canadá, y el aporte de los amerindios ya es reconocido. La implicación de tales fenómenos llevó a Canadá y a Quebec a reconstruir sus identidades colectivas, a refundarse.

La tarea de refundación también ha marcado a Estados Unidos. Michel Lind (1995) ha identificado cuatro regímenes nacionales, cuatro registros diferentes de identidad en 500 años de historia : 1) La Anglo- América 2) La Euro- América 3) La América multicultural y 4) Una nación cultural americana transracional (*transracional cultural nation*) que emerge al final del siglo XX y que es el modelo que deseaba ver implantado a fin de contrarrestar lo que él considera son los efectos perversos del multiculturalismo al estilo canadiense. Lind defiende la tesis que está emergiendo

en Estados Unidos, una nueva nación étnica y cultural americana. “Si la etnicidad puede ser definida por la lengua y la cultura, entonces se puede decir que existe una nación étnica unicultural americana y no únicamente una nación plurirracional y plurirreligiosa”. (Lind, 1995, p. 274, traducción nuestra). Es una sorprendente tesis que aborda varias ideas relacionadas a Estados Unidos. La lengua norteamericana es el elemento más importante de esta cultura nacional. Sin embargo, a este elemento se le añaden otros: la poderosa cultura popular norteamericana, las tradiciones, la relación con la historia, una visión compartida del mundo, la adhesión a un sistema económico y social. Tal cultura nacional norteamericana se construye sobre cimientos históricos, pero está integrada por elementos que han sido tomados de la sociedad norteamericana y ahí también aparecen elementos que provienen de los antiguos esclavos negros y de las minorías hispánicas, lo que según él, manifiesta que esta cultura nacional norteamericana no es solamente el único producto de la América blanca de los fundadores. Propone que la mayoría cultural norteamericana es más extensa que la mayoría racial blanca. Si esta hipótesis es correcta, el paradigma norteamericano mostraría que una nación multicultural y diversificada puede también transformarse en una nueva nación cultural con una gran cohesión. Esta idea de que Estados Unidos forman una nación cohesiva está muy extendida entre los analistas norteamericanos (véase el libro reciente de May y Lindholm, 1999 como ejemplo), mientras que en el extranjero la percepción es ver una sociedad norteamericana a través del prisma de la diversidad.

Además, existe una diversidad de tipos empíricos de naciones en el mundo. Cada caso ofrece peculiaridades debidas a su historia y a su propio entorno. Escocia tiene símbolos nacionales reconocidos como propios (por ejemplo, equipos deportivos a nivel internacional y símbolos propios en la moneda) y su identidad nacional no afecta el concepto de la Gran Bretaña, al mismo tiempo que su Parlamento recién constituido tiene poderes muy limitados; Quebec no es reconocido oficialmente como nación dentro de Canadá, pero inversamente, su Parlamento goza de importantes poderes. Algunos autores distinguen entre el Western nationalism y el Eastern nationalism para distinguir

los nacionalismos democráticos, racionales y liberales de los nacionalismos no democráticos, racistas y reaccionarios. (Snyder, 1954; Hroch, 2001).

Recordemos pues que la nación es objeto de interpretación, objeto de discursos que permiten definirla. La nación, consecuentemente, será también en ocasiones, objeto de conflictos de interpretación, especialmente importantes en tiempos de refundación. Fernand Dumont ha explicado bien esta perspectiva en sus trabajos, caracterizando la nación como una forma de agruparse por referencia y su pensamiento se acerca en este punto al de Benedict Anderson, quien definía nación como una comunidad imaginada.

Dumont ofrece en su obra los mecanismos de esta construcción por referencia. La historia, la literatura y las ideologías —sin olvidar los medios de comunicación, agregamos nosotros— contribuyen a construir esta representación compartida y esta comunidad imaginada. Ahí aparecen los mecanismos que fijan señales compartidas y universos simbólicos comunes esenciales para la emergencia de una comunidad nacional. Es importante notar que la referencia así constituida se ubica en el plano de la sociedad global y no en el plano de las pertenencias identificadoras individuales definidas a partir de la profesión, edad, sexo, por ejemplo, sin dejar de lado las clases sociales. La nación aparece más allá de las diferencias y de las identidades particulares y asegura la integración horizontal en las sociedades demasiado diversificadas de acuerdo con diversas líneas de ruptura. (Gerrans, 2002).

Una oposición superada: nación cultural y nación cívica

Aparentemente existen diversas perspectivas para definir a la nación, sin embargo se reducen a dos principales acercamientos, las otras son variantes de estas primeras (Baertschi y Mulligan 2002).

La primera perspectiva frecuentemente se califica como cultural. La nación es definida por la cultura en sentido amplio, los modos de vida, la lengua y el origen común, la misma pertenencia étnica, aun cuando tales elementos no siempre estén presentes ni sean necesarios.

En esta perspectiva, la nación no cubre las fronteras de un Estado, aunque pueda suceder como en el caso de Japón. El Canadá francés tradicional de inicios del siglo xx —centrado principalmente en Quebec, que se extiende en los pequeños Canadá de la Nueva Inglaterra y en las parroquias canadienses-francesas de Ontario y Manitoba— casi siempre fue calificado como nación cultural, aunque haya tenido una importante base política en el mismo Quebec, y sobre todo, debido a que poseía un proyecto político-cívico para fundar el Canadá con la idea de un contrato entre las dos naciones como lo llamó Guy Rocher (2000). La nación cultural se define esencialmente como comunidad histórica, descripción que nos parece refleja mucho mejor la realidad vivida en este acercamiento, una definición que evita asimilar la nación en sentido cultural a la nación en sentido étnico, como sucede frecuentemente en trabajos contemporáneos.

En la segunda perspectiva se habla de nación política, una nación definida por la ciudadanía y fundada sobre el derecho dentro de un Estado. Esta perspectiva es muy conocida; nosotros recordaremos algunas de sus características posteriormente.

Nación cultural, nación política: Es importante recordar que se trata de una distinción teórica, de modelos de naciones que no habrá que confundir con las realidades ya apuntadas que son complejas y



variadas, lo cual se tiende a olvidar en los debates en Quebec cuando uno se refiere a tales tipos como si fuesen tipos empíricos. Ahora examinaremos cómo se definen estos dos modelos de nación en Quebec y cómo se busca aplicarlos al estudio del caso quebequense.

a) La nación como comunidad histórica

El pensamiento de F. Dumont ocupó un lugar central en los debates acerca de la nación en los años noventa, casi siempre en una perspectiva muy crítica del sociólogo fallecido en 1996. ¿Qué queda del pensamiento de Dumont cuya influencia fue importante, pero al mismo tiempo, su pensamiento con frecuencia ha sido incomprendido y aun interpretado de forma reduccionista? (existen varias síntesis del pensamiento de Dumont sobre la nación, se puede consultar principalmente Cantin, 2000; Mathieu 2001; Harvey 2001 y Beauchemin 2001). En el pensamiento de Dumont existen tres perspectivas de análisis de la nación que no siempre son bien distinguidas por los comentaristas y críticos: una perspectiva teórica, una perspectiva socio-histórica y una evaluación normativa de la nación en Quebec. Los elementos de su perspectiva teórica nos parecen siempre relevantes para comprender la nación, sin embargo, su diagnóstico de la nación quebequense como entidad sociohistórica debe ser revisado y

criticado a la luz de la evolución del Quebec contemporáneo y de la definición compartida de la situación que emerge en los debates que están en juego desde hace más de diez años.

F. Dumont definió la nación a partir de la herencia y de la memoria común. Para él la nación no es una entidad étnica; tampoco se trata de una entidad cívica, una entidad fundada sobre el derecho y la cultura pública común, lo que él consideraba una visión demasiado abstracta o aún, más una traslación de la noción de nación a otra esfera. Para Dumont, la nación es por principio de cuentas una comunidad histórica.

Entendemos por nación una comunidad resultado de una herencia histórica de modos de vida. La referencia colectiva que resulta, lleva consigo unos supuestos: una lengua, una religión, instituciones jurídicas, organismos diversos; a veces un Estado jurídico. Estos criterios no son los mismos en cualquier parte. No sería posible reunirlos todos en una teoría general aplicable a cada caso. (Dumont, 1992, p. 5)

La nación es básicamente una comunidad de herencia histórica, una comunidad que privilegia antes que todo una identidad venida desde el pasado, donde la memoria juega un papel preponderante. (Dumont, 1995, p. 56)

Diversos autores que escriben sobre el tema enfatizan la importancia de la memoria. Pero, ¿Memoria de qué?; es la pregunta en continuo debate. De hecho, Gerard Bouchard (1999) proponía revisar de manera radical el papel de la memoria común en Quebec integrando la memoria de los autóctonos y de los recién llegados. Tales propuestas han sido debatidas y criticadas especialmente por Serge Cantin (2000), pero tienen el mérito de suscitar un problema tan real y tan nuevo que se plantea con mayor intensidad a los historiadores de los periodos recientes.

La segunda dimensión de la nación en el pensamiento de Dumont es la confianza en un destino colectivo, la adhesión a un proyecto común. Memoria y proyecto son indisolubles en su pensamiento. Dicho de otro modo, la nación se caracteriza por su capacidad de integración, afirma Dumont en una fórmula muchas veces retomada (véase N. Gagnon, 2000), “lo que le da



originalidad a una cultura no es tanto su repliegue sobre una distinción originaria, sino su capacidad de integración” (Dumont, 1995, p. 81). La cultura nacional se define por dos aspectos a los que hace referencia Renan en una fórmula que le proponía al profesor de Laval: “Haber hecho grandes cosas juntos y querer hacer aún otras más”, es una máxima que traduce bien los dos polos constitutivos de una idea de nación en la perspectiva de la comunidad histórica.

¿Cómo integrar en ese acercamiento el aporte de los extranjeros, de los inmigrantes? El sociólogo precisa su pensamiento en “razones comunes”, cuando propone la noción de cultura de convergencia, un acercamiento conceptual que tuvo cierta influencia al final de la década de los ochenta, tanto en discursos públicos como en enunciados políticos, pero que rápidamente se dejó debido a los postulados implícitos sobre los que se basaba.

Para Dumont, el aporte de las influencias renovadas y el pluralismo se inscriben en una cultura de convergencia en torno al núcleo del memorial. Así es como él trata el aporte de la inmigración en Quebec, y también, diciéndolo de paso, es a través de esta perspectiva como él vislumbraba a Canadá. La comunidad histórica es capaz de integrar a los recién llegados porque en sí misma es un proyecto. Para él la cultura de convergencia constituye el modelo que puede y debe asegurar la integración de los recién llegados, porque se trata de referencias culturales compartidas para construir una comunidad nacional y no solamente la referencia a aquello que él llama principios abstractos como los principios jurídicos, la cultura de los derechos individuales o la adhesión a las instituciones políticas; principios cuya importancia no niega, pero que le parecen insuficientes para fundar la comunidad nacional. Así, para Dumont, la cultura cívica común propuesta por Gary Caldwell y Julien Harvey (1994) le parece insuficiente para fundar la nación tal como él la entiende. ¿Insuficiente? Sin duda, pero, por otra parte es necesario precisar que tal cultura cívica común es necesaria para asegurar que el grupo que empuja el proyecto de construir la nación con una nueva perspectiva lo lleve a cabo de forma democrática cuando busca atraer la adhesión a dicho proyecto. Dumont definía la nación por su capacidad y su fuerza de



integración. Pero no parece que haya visto que, cuando esto sucede, la nación como forma histórica se transforma ella misma, tal como lo ilustra Michael Lind (1995) refiriéndose a la nación norteamericana.

El trabajo, la vida asociativa, los matrimonios mixtos, la escolaridad, la movilidad social y profesional, la movilidad geográfica, la participación en la sociedad de aceptación y, sobre todo, la adopción de una lengua común son factores que aseguran la integración de los inmigrantes y contribuyen, al mismo tiempo, a crear algo nuevo. Este compartir, oficial y obligado, de referencias culturales comunes propuesto por el grupo mayoritario de acogida y que está implícito en la noción de cultura de convergencia causa ciertos problemas a la sensibilidad contemporánea más abierta a la diversidad. Los inmigrantes, en particular, tienden a conservar total o parcialmente elementos de su cultura de origen, de ahí la reticencia abierta a aceptar la cultura de convergencia que en un tiempo se les propuso como política oficial.

Para varios analistas críticos de Dumont, el papel privilegiado de la memoria histórica suscita problemas en la definición de nación. Pareciera que Fernand Dumont, después de haber identificado la memoria y el proyecto como elementos constitutivos de la nación, privilegió mucho más la memoria y no prestó suficiente atención a la diversidad, a la cuestión del proyecto que

implica la relación con el otro. Dumont es poco explícito en sus trabajos acerca del lugar de los inmigrantes y no ofrece una reflexión articulada sobre este tema (dejando de lado aquello que hemos mencionado anteriormente sobre la cultura de convergencia). Es en este desequilibrio entre memoria y proyecto lo que creará dificultades en el contexto contemporáneo y lo que ha llevado a otros intelectuales a proponer una visión diferente aunque frecuentemente compatible con las intenciones de Fernand Dumont desarrolladas en concordancia con su pensamiento pero extendiéndose en direcciones diversas.

El diagnóstico sociológico propuesto por Dumont acerca de la sociedad quebequense y sobre la cuestión nacional ha sido especialmente cuestionado. Para Dumont, la nación canadiense-francesa no pudo lograr una existencia política bajo la forma de un estado-nación y fue reducida por la fuerza de los hechos a una dimensión cultural en la comunidad política canadiense. Dumont sugiere que tres naciones cohabiten en cierta forma en Quebec: la nación francesa, la nación inglesa y la nación amerindia, empleando para ello un vocabulario incorrecto y anticuado. Esta sugerencia refleja el orden canadiense antiguo pero no coincide con la descripción de un Canadá multicultural ni con la actual sociedad quebequense.

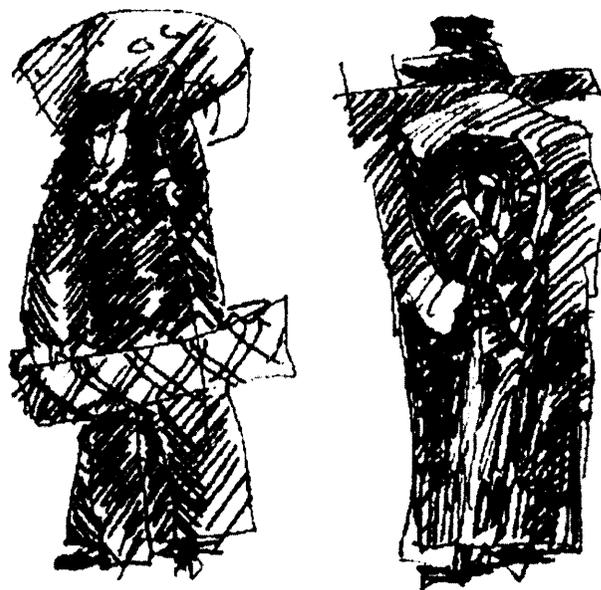
Nosotros no tomamos partido en el debate que opone a los pro-Dumont y a los críticos a éste, (respecto de este punto, véase el número de la revista *Bulletin d'histoire politique*, otoño 2000). Sólo haremos notar que las expresiones escogidas por Dumont y las críticas que se le pueden hacer, ilustran la importancia de nombrar correctamente las nuevas realidades, la importancia de interpretarlas bien, tal como él lo pregona en su sociología, como es bien sabido por todos. El hecho que Dumont no haya definido correctamente la refundación de la nación en Quebec, habrá que reconocerlo, pues no supo identificar la nueva realidad existente que se extiende ante nuestra mirada.

Quebec sería entonces para Dumont una sociedad plurinacional, los inmigrantes estarían llamados a integrarse, a asimilarse de facto a una de las dos más importantes comunidades nacionales. Dicha visión fue criticada por Gérard Bouchard (1999) quien subraya

que la lectura socio-histórica de la nación propuesta por Fernand Dumont encierra a la nación quebequense en una etnicidad determinada y al mismo tiempo la conduce a un callejón sin salida en el plano político. ¿Cómo manejar de hecho, en el plano político la coexistencia de tres naciones que distingue Dumont dentro de la sociedad quebequense? ¿No será transportar a Quebec los problemas del federalismo canadiense? Se pregunta Bouchard.

Enfatizamos que la crítica frecuentemente hecha a Dumont, de reducir a la nación a una etnicidad es muy dura y, en parte, inexacta. Dumont tenía una visión amplia de la nación como comunidad histórica, definida por su capacidad de integración y no inmediatamente por los rasgos étnicos tal como los entendemos hoy. Que él no haya prestado suficiente atención a la cuestión de la diversidad es un punto aparte.

Jacques Beauchemin (2000-2001) propone, ampliando el pensamiento de Dumont, una distinción pertinente que abre nuevas perspectivas sobre la nación como una comunidad histórica. Distingue el proyecto político y el sujeto político que lo impulsa. Los proyectos políticos —como el de refundar a la nación de Quebec en nación quebequense más que canadiense-francesa— son siempre objeto de conflictos en una sociedad y son impulsados por grupos con valores e intereses diferentes. De hecho, el proyecto de soberanía política en Quebec, fue propuesto por un



importante grupo de francohablantes que lo apoyaba, tal como lo hemos mencionado en (Gagné et Langlois,2002). Ahora bien, los grupos pudieron formular muy bien un proyecto común y democrático teniendo en cuenta el conjunto de la sociedad y no un proyecto que fuera en su propio provecho.

Para ilustrar esta idea podemos ejemplificar: Martin Luther King fue el portavoz de un motivo político en Estados Unidos durante los años sesenta —la comunidad negra— al proponer un amplio proyecto inclusivo de igualdad racial, que buscaba transformar toda la sociedad americana para abrirles un lugar a los negros. No quería promover únicamente los intereses de los negros americanos, en contra del acercamiento de elementos más radicales como Malcom X o de otros que buscaban hasta proponer la constitución de estados negros. Beauchemin añade que otra razón que justifica el papel del tema político es la necesidad de etiquetar el proyecto político. El tema político es cultural y de memoria. De acuerdo con este acercamiento, puede engendrar una nación política que tendrá fuertes lazos culturales e históricos, pero una nación que deberá ser refundada para tener en cuenta elementos nuevos y planificar espacios abiertos a la expresión de las diferencias.

Este nuevo proyecto, impulsado por la comunidad histórica francoparlante de Quebec, se presenta ahora bajo los rasgos de una nueva nación política cuyas orientaciones se discuten en público. Intentaremos ahora ver en qué situación se encuentra.

b) La nación política

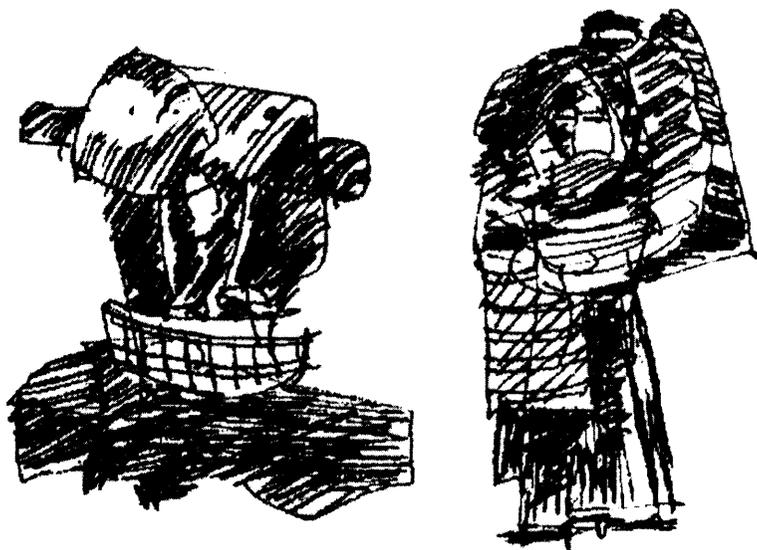
La nación política representa un modelo de referencia que se impuso en los años noventa para describir la nación en Quebec. Hablaremos pues, en esta perspectiva, de *nación quebequense*, un modelo que con frecuencia se presenta en forma alternativa como el de una nación, entendido en sentido cultural. Esta noción de nación quebequense marca una ruptura importante en la historia del Canadá francés y refleja el proceso de refundación sobre una nueva referencia: la sociedad quebequense.

En los recientes trabajos sobre Quebec, se dan tres significados del concepto de nación política. Estos

tres significados privilegian la pertenencia a un Estado de derecho y definen la nación a partir de la común ciudadanía, pero se distinguen por el lugar otorgado, en clara continuidad, a la cultura entendida en sentido amplio y a la memoria compartida. Por una parte, cuando la nación política voluntariamente se abstrae de toda referencia a la cultura, entonces estamos hablando de nación cívica; por otra parte, la nación política coincide más o menos con la nación cultural. Y entre ambas, la nación política trata de conciliar la ciudadanía común con las diferencias culturales y nacionales. Examinaremos brevemente cómo han sido formuladas estas tres concepciones de nación política en Quebec durante los últimos años.

Durante la década de los noventa, se hablaba sobre todo de una nación cívica. En esta perspectiva, la nación es definida primeramente por la ciudadanía común independientemente de las características individuales de cualquier clase, tanto en lo étnico como en lo cultural. Esta concepción de nación se inserta en el contexto de reconocimiento de los derechos de la persona, que marcaron los años ochenta con la adopción de la Carta canadiense de los derechos de la persona. (La Carta quebequense fue adoptada en 1975).

Claude Bariteau (1998) explicó claramente, en la perspectiva crítica del neonacionalismo, los contornos emergentes de la nación cívica. Influenciado por la



teoría de Jürgen Habermas de una cultura común antes que todo, fundada sobre el respeto de los derechos individuales; Bariteau postula que la cultura política no debe insertarse en la cultura en su sentido más amplio, ni con una cultura dominante (referente del pensamiento de Habermas, véase F.D. Dufour, 2001). Él critica la noción de cultura de convergencia propuestas por Fernand Dumont, que tiene el defecto de privilegiar la cultura dominante y de abrir la puerta al reconocimiento de derechos colectivos a las minorías angloparlantes y autóctonas como sucede en la tradición canadiense. Según él, “el francés debe ser la lengua de la comunicación más que la lengua de la convergencia cultural” (Bariteau, 2000, p. 239).

Bariteau privilegia la afirmación nacional fundada en el respeto a los derechos democráticos de los individuos y basada en la elaboración de una cultura política que propone al francés como lengua común en la vida pública, dando valor a un acercamiento de proceso más que a un acercamiento sustantivo. Tal constitución, que da prioridad a la cultura política común, garantizaría a las minorías lingüísticas, étnicas o culturales derechos individuales de coexistencia con la mayoría. Para el autor, tal acercamiento es un antídoto contra una concepción que liga ciudadanía con nacionalidad, dos nociones que deben aparecer opuestas y donde él pregonaba la generosidad de cara a la

minoría angloparlante más que a la inscripción de derechos en la Constitución.

Muchas críticas se alzaron contra esta perspectiva. Daniel Salée afirma que el nacionalismo cívico devuelve de hecho la dinámica institucional de la desigualdad socioeconómica, porque está anclado a la retórica liberal democrática (Salée, 2001, p. 150. 162) y lo describe como “un producto puro de la imaginación filosófica” (p. 146). Si el concepto de nación cívica en la perspectiva del patriotismo constitucional está influido por un coeficiente de etnicidad cero, retomando una expresión de Gerard Bouchard, ¿no constituye un espacio social muy abstracto? ¿Puede uno encerrarse en la atención sobre el sentimiento nacional de un pueblo, que no debe ser confundido con el nacionalismo? La nación no se reduce a un código postal, retomando una imagen de la periodista Chantal Hébert: “la comunidad política no es más que una suma de individuos”, ya lo había dicho también Jean Leca.

Bariteau es consciente de tales críticas y reconoce que “la identidad cultural influye en la actividad política y añade además, que en todo universo multicultural o no, la nación política será constitutiva de un mundo común.” Bariteau 2000, p. 240”. Para él, la ciudadanía permite superar las solidaridades étnicas y comunitarias, como lo demuestran los análisis de Dominique Schnapper (1994), pero duda en considerar que tal nación política pueda dar a luz a una nueva identidad colectiva compartida bajo la forma de un nosotros colectivo, cuyos rasgos de identidad fueron descritos por Jean-Jacques Simard en numerosos trabajos. (1977, 1979, 1980). Para Bariteau, la nación quebequense es una nación política, pero no tiene ni siquiera los rasgos que la acerquen a una nación cultural, tal como sucede en muchos estados-naciones modernos.

Con frecuencia se han opuesto la nación étnica y la nación cívica en los debates públicos y en los ensayos sobre la cuestión nacional. Tal oposición actualmente ha perdido importancia ya que varios autores han notado el carácter artificial o no, empíricamente fundado. Se trata de una “dicotomía sobrepasada” apunta Jacques Beauchemin, porque la nación llamada étnica puede también ser democrática y porque el nacionalismo llamado cívico, impulsa un proyecto de



identidad que no aparece en su nombre.” (Beauchemin 2000, p. 31). Guy Rocher (2000), recuerda que el nacionalismo canadiense francés de la primera mitad del siglo xx —un nacionalismo frecuentemente presentado como si fuera inicialmente cultural, que luchaba por la supervivencia de la cultura francesa en Canadá— con un fuerte componente cívico, se convirtió en promotor de una ruptura con Inglaterra, de una nueva identidad canadiense, de una bandera y de símbolos nacionales propios del Canadá y, sobre todo, del reconocimiento de un pacto que habría de unir dos naciones. El tema político canadiense-francés impulsó un proyecto político canadiense que no fue reconocido.

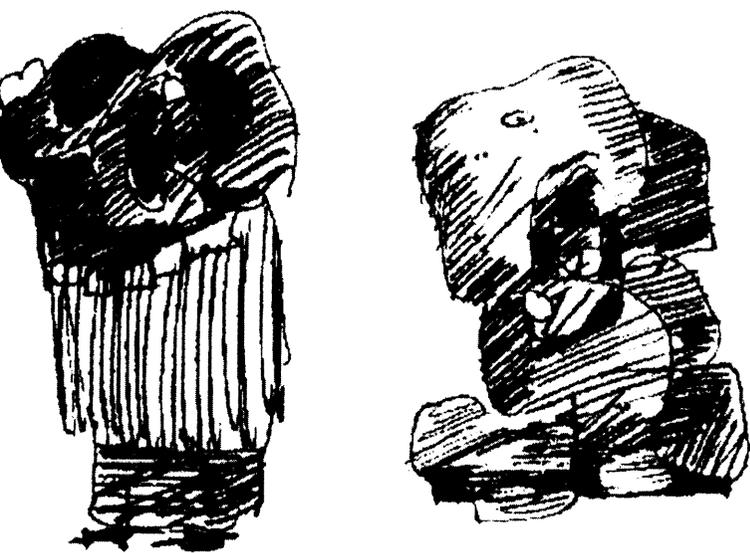
Charles Taylor por su parte, hace notar que esta oposición entre nación cívica y nación étnica ya no se sostiene, debido al carácter híbrido de las sociedades democráticas, “fuertemente ancladas a un liberalismo republicano”; ellas se definen también por uno o más grupos étnicos que constituyen el núcleo.” (Taylor, 2000, p. 38) Gérard Bouchard sintetiza las críticas a la oposición de nación cívica con nación étnica diciendo que:

1) Los contenidos étnicos que están siempre presentes en la identidad nacional no son para nada incompatibles con los presupuestos de la nación cívica, 2) sostiene que “aún en las naciones ordinariamente tenidas como las encarnaciones más fuertes del modelo

cívico (por ejemplo: Francia, Estados Unidos, Canadá), el Estado se presenta particularmente activo en la promoción de una identidad colectiva, en la institución de la tradición, en la protección de la lengua y del patrimonio; en la difusión de la memoria y en la producción y reproducción de una cultura nacional. (Bouchard,1999, p. 24)

Charles Taylor distingue en sus trabajos sobre Quebec la diferencia que existe entre nación cultural y nación política. Propone a su vez, una definición de esta última que va más allá de la reducción a la ciudadanía común. Según él, la nación política debe también ser el lugar de reconocimiento de diferencias socioculturales. Este concepto de reconocimiento es central en el pensamiento del filósofo de Montreal y fue ampliamente comentado en el mundo. Recordemos que Taylor (1992, 1994), elaboró una teoría original que busca unir la protección de los derechos individuales y la protección de los derechos colectivos de las pequeñas comunidades y que fue el gran artesano del reconocimiento de la especificidad quebequense. Para Taylor, en Quebec, la nación política incluye tres pilares esenciales: “a) una ética política esencialmente definida por los derechos humanos, la igualdad y la democracia, (es su dimensión republicana); b) el francés como lengua pública; c) una relación estrecha con la historia propia” (Taylor, 2000, p. 41). Taylor añade que es necesario de vez en cuando reformular tales pilares (otra manera de caracterizar lo que Dumont llamaba la refundación de la nación); “ellos pueden y deben ser reconfigurados, recibir nuevas formas en manos de las generaciones sucesivas empezando por la actual” (Taylor, 2000, p. 45)

Taylor está en contra de la independencia de Quebec y afirma que las minorías no aceptan el proyecto de construir una nación política independiente, aunque la invitación provenga de la mayoría francoparlante que milita a favor de ese proyecto. Concluye: “La nación política, incluyendo la quebequense, no ha terminado de nacer” (Taylor, 2000, p. 48). Esta crítica nos parece demasiado dura y además injustificada, al menos por las siguientes razones: En primer lugar, aparece claramente que la política lingüística en Quebec deja ya ver su efectos sobre la integración social y la cohesión social de la sociedad quebequense (un punto que es necesario subrayar y que el mismo Taylor



ha reconocido en diversas intervenciones públicas, lo cual hace que su lectura, sea sorprendente). Enseguida, en el plano del discurso, cuya importancia es bien reconocida en la construcción nacional, el proyecto político (dirigido por el nuevo nacionalismo quebequense que entró en el escenario después de los años ochenta); insiste en la inclusión de todos los quebequenses en la refundación de la nación.

Michel Seymour (1999, 2001) propone definir la nación política en un sentido más amplio que incluya referencias a la cultura y a la memoria. Afirma que el nacionalismo cultural canadiense-francés ha sido progresivamente sustituido por el nacionalismo cívico quebequense, la nación cultural se transforma en Quebec, en una nación socio-política. Este nacionalismo político hace referencia a una realidad tangible que da lugar a la memoria nacional y reconoce sus anclajes en la historia. Seymour definió la nación como una comunidad socio-política que tiene en cuenta dos tradiciones de contornos no bien definidos: la concepción cultural de la nación y la concepción cívica. “La nación no depende solamente de la representación de lo que nosotros somos, depende también de aquello que queremos ser”, Seymour (2001, p. 20).

Sin embargo, para Seymour, la nación no es exclusivamente cívica. Critica la concepción de Bariteau, distinguiendo entre nación y ciudadanía “en la medida en que las personas pertenecen a diferentes naciones, pueden sin embargo tener una misma identidad cívica, y eso no es siempre el caso, (Seymour, 2001, p.32). Esta concepción socio-política de la nación debe también reconocer la diferencia, comenzando por la minoría nacional angloparlante que prolonga la mayoría nacional de los anglo-canadienses cuya contribución histórica en las instituciones quebequenses ha sido trascendental. También debe haber reconocimiento de las comunidades nacidas de la inmigración —en el sentido que debe reconocerse el valor de la lengua, de la cultura y de la historia de su país de origen— para facilitar su integración en la sociedad que los acoge.

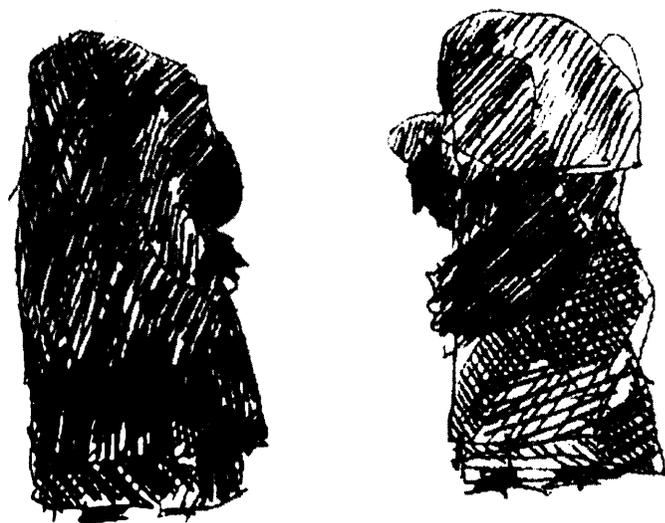
La nación quebequense puede ser considerada como una comunidad política que engloba una mayoría nacional de quebequenses francopar-

lantes, una minoría nacional de quebequenses angloparlantes y personas de origen italiano, judío, griego, portugués, haitiano, libanés, latinoamericano, etc., cuya lengua usual no es ni el francés ni el inglés”. (Seymour, 2001, p. 27).

Según él, hay que tener reservas respecto al nacionalismo exclusivamente cívico que no reconoce diferencias, porque no pueden ser ignoradas las cuestiones de identidad que al negarlas, se corre el riesgo de quedar bajo su dominio.

Finalmente, hay que subrayar que para que la nación exista, al modo como entiende Seymour, es esencial que se represente como nación, un aspecto esencial en el pensamiento de Dumont; Ontario, por ejemplo, existe como comunidad política, pero no constituye una nación porque no se representa como tal.

El concepto de nación quebequense ya se incluyó en el vocabulario político de Quebec para designar la refundación de la nación, proceso que está en curso desde hace algunos años. Las ideas, pues, ahora son más claras y el debate ha hecho progresos. La nación definida como comunidad histórica no excluye la conformación de la ciudadanía, ni la diversidad, ni el respeto de los derechos individuales y se comprende mejor, según nos parece, que la nación política implica también una necesaria relación con la memoria y la cultura.



Dos pilares de la refundación: lengua y territorio

En los debates que se llevaron a cabo en los últimos años, dos aspectos se presentaron con mayor intensidad: la referencia a la lengua francesa y al territorio. La lengua francesa adquirió una importancia simbólica como nunca, en la definición de nación quebequense, pero sobre todo, una ardua labor de reconstrucción del imaginario colectivo se impone en el seno de esta nación quebequense que debe reconstruir el discurso que tiene sobre sí misma; además de releer su pasado a la luz de las nuevas realidades contemporáneas. Contrariamente al antiguo Canadá francés que se extendía sobre un vasto territorio y desbordaba ampliamente a Quebec, la nación quebequense toma además, lugar en límites territoriales bien delimitados, lo que planteó un nuevo problema, el de las relaciones con la minoría anglo-quebequense y con las naciones amerindias presentes en el territorio compartido.

a) *La francofonía norteamericana*

Gérard Bouchard se separó de modo radical de la lectura sociohistórica de la nación propuesta por Fernand Dumont y fue uno de los críticos más duros, no sólo por la teoría de Dumont acerca de la nación, sino principalmente del diagnóstico que el sociólogo de Laval había propuesto sobre la nación en Quebec. Bouchard concuerda con Dumont en reconocer la importancia de la dimensión imaginaria y de los aspectos simbólicos en la construcción nacional, lo mismo que la necesaria referencia a la memoria, tres aspectos que le parecen juegan un papel decisivo en la construcción de la identidad nacional. Sin embargo, para él es necesario también buscar y poner en evidencia nuevos fundamentos simbólicos para refundar la nación como se presenta en la actualidad. Es importante reconstruir de vez en cuando, la memoria colectiva y los mitos fundadores, tanto en Quebec como en otras partes.

Bouchard esboza el programa de reconstrucción en su obra *La nación quebequense en el futuro y en el pasado* (1999). En ella se lamenta por el reconocimiento de elementos nuevos en la historia y por la reinterpretación de elementos antiguos que han estado ocultos

por varios motivos. La revisión del papel de los amerindios en la historia nacional constituye en este aspecto un ejemplo elocuente del necesario trabajo de reinterpretación. El reconocimiento y la promoción de la lengua francesa -lengua común de la nación en sentido político y lengua común de la sociedad quebequense- son fundamentales para la nueva construcción nacional. Bouchard afirma que está emergiendo en Quebec un nuevo modelo de nación quebequense como francoparlante norteamericana que reemplaza al antiguo Canadá francés, pero con continuidad con el mismo. Este modelo “reduce a la lengua francesa en su componente étnico”, libera a todo el proceso de la intolerancia y de la xenofobia (Bouchard, 199, p. 71). Los recién llegados y los jóvenes que tomaron distancia respecto del paradigma defensivo de la supervivencia, sin olvidar a los anglo-quebequenses ligados a Quebec y a la lengua francesa, tendrán mayores ventajas, según él, en esta nueva representación colectiva.

La propuesta de Bouchard sugiere un cuádruple desplazamiento: 1) de la etnicidad al derecho; 2) de la francofonía orgánica a la francofonía definida en primer lugar por la lengua; 3) de la cultura canadiense-francesa a la cultura quebequense; y finalmente, 4) de un nacionalismo cultural a un nuevo proyecto de desarrollo colectivo. (Bouchard, 1999, p. 73). Es bueno notar que Bouchard emplea para caracterizar el cuarto



desplazamiento la expresión *desarrollo colectivo* y no la expresión *nacionalismo cívico* para dejar claro que la nación en cuestión conlleva una parte de etnicidad y otra de ciudadanía común. Bouchard desarrolla su concepción de nación quebequense aduciendo el modelo de cointegración el cual renuncia a los procedimientos tradicionales de asimilación. Para él, es necesario reconocer el principio de la diversidad, cuidar los espacios de negociación, admitir zonas de rechazo o de repliegue, arreglar entre tensiones y negociaciones

la nación cointegrada que no admite la jerarquía estructural entre etnias o culturas. Tampoco admite las antiguas formas de exclusión y marginación. Al contrario, los imaginarios colectivos deberán aprender a cohabitar los mismos espacios sociales y articularse de forma certera. (Bouchard, 2001, p. 35).

¿El modelo de Bouchard corresponde a la realidad quebequense vivida a diario? ¿Sólo está emergiendo? ¿La noción de francofonía no será muy vaga, demasiado abstracta como para fundar la adhesión a la nación quebequense tal como la hemos definido antes y para crear las bases de la construcción de un nuevo imaginario? Dar respuesta a tales cuestiones requerirá de investigaciones empíricas. Pero, por ahora, hay que



notar que la lengua francesa ha adquirido una legitimidad que no tenía antiguamente como lengua común y como lengua de participación en la sociedad civil en Quebec, una situación difícilmente comparada con aquella que prevalecía en 1960 cuando surgió la Revolución Tranquila. Tal legitimidad es reconocida dentro de la comunidad angloparlante quebequense y también fuera de Quebec.

b) Estado-región y nación quebequense

Otra manera de caracterizar la nación de Quebec que apareció en los años noventa fue la nación territorial. “Es quebequense todo habitante de dicho territorio”, se decía en esta perspectiva. Esta concepción tan abstracta de nación —fuertemente aséptica, diríamos, para evitar toda referencia que arriesgase ser percibida como exclusiva—, nació como reacción a los críticos que vivieron el nacionalismo étnico que casara tantos estragos en diversas partes del mundo en la segunda mitad del siglo xx. En el contexto de la celebración del Referendo sobre la Soberanía de Quebec a mediados de los años noventa; muchos opositores a tal proyecto político habían intentado desacreditar el movimiento por la soberanía y por la emergencia de la nación quebequense, asociando el nacionalismo quebequense con un nacionalismo étnico estrecho. Para evitar cualquier referencia a este nacionalismo, se propuso la noción de nación territorial, dejando vacío, de alguna forma, el contenido del concepto de nación.

Es difícil, si no imposible mantener la sola referencia al territorio para caracterizar a la nación ya que ésta conlleva además dimensiones históricas, culturales y políticas, cuyas relaciones varían en el tiempo y en el espacio. La referencia al territorio no es una condición suficiente para fundar la identidad nacional, aunque aparezca como un elemento necesario e ineludible en el Quebec contemporáneo y en otras partes del mundo. Es decir, el aspecto territorial hay que mantenerlo en la medida que esté asociado a una representación compartida y a un territorio imaginado como común. El ejemplo europeo nos parece esclarecedor en este renglón. Europa es un territorio mítico compartido por un gran número de países y esta referencia tiene actualmente una importancia mayor en el caso de la

construcción de una nueva identidad europea. (veáse Mendras, 1997-2002).

Alain-G. Gagnon propone caracterizar con precisión a la nación quebequense especificando una referencia explícita al territorio que se añada a las dimensiones culturales y políticas que la constituyen. Él afirma que “Quebec forma una nación política y cultural territorialmente definida” (Gagnon, 2001, p. 53). Parafraseando la noción de Estado-nación, sostiene con otros especialistas, la noción de Estado-región que le parece que describe mejor al Quebec actual. El Estado-región es una entidad política y sociológica que emerge por todas partes en el mundo, permitiendo también el surgimiento de muchos modelos de afirmación nacional y de identidad. Gagnon justifica la pertenencia sociológica y filosófica del Estado-región por tres razones: 1) El Estado-región asegura mejor que el Estado-nación la cohesión social, debido a que se desarrolla ahí un concepto de ciudadanía más incluyente que permite a los individuos asumir directamente su destino y su vida ordinaria. 2) El Estado-región es imputable al pueblo, cuando el poder está más cercano a él. Finalmente, 3) la comunidad de cercanía ofrece un anclaje a la identidad colectiva en un espacio delimitado. “El derecho que posee una comunidad política para definirse, revela por una parte, una afirmación de identidad y constituye por otra parte, el acto de habilidad pública por excelencia” (A.G. Gagnon, 2001, pp. 62-63). El Estado-región es un espacio en el cual una comunidad política tiene el margen de maniobra necesario para construir nuevas identidades, elaborar nuevos proyectos y un nuevo desear vivir en comunidad. “Quebec ya responde a las condiciones necesarias para definirse como nación en sentido cultural y político. Tal concepción de nación, moldeada sobre una base territorial, puede en ciertos contextos corresponder a aquella de Estado-región”. (A. G. Gagnon, 2001, pp. 52-53).

El Estado-región nacional —llamado Estado-nación política— tiene la ventaja de caracterizar la emergencia de la nación quebequense disociándola de la incertidumbre que algunas veces envuelve a los proyectos de refundación del federalismo canadiense y el futuro del proyecto de soberanía de Quebec. De acuerdo con este acercamiento, la construcción de una nueva nación



quebequense está en curso, sin importar cuál sea el estatuto constitucional de Quebec y este concepto de nación quebequense no aparece ligado tan estrechamente al proyecto soberanista que el primero promueve. Como prueba de esto, cuando se lanzó en 2000 la obra *Pensar la nation quebequoise*, publicada bajo la dirección de Michel Venne, del periódico *Le Devoir*, ¿El primer ministro Lucien Bouchard y el jefe de la oposición oficial en la asamblea nacional Jean Charest, no pudieron reconocer la existencia de la nación quebequense como algo que va de por sí?

b) Los anglo-quebequenses y la nación quebequense

¿Qué responder a Dumont, quien afirmaba que no se puede incluir en la *nación quebequense* por la magia del vocabulario a quienes no desean serlo? Se puede pensar que la ley 101 puso las bases que han hecho posible la adhesión de minorías culturales a esta nueva concepción de nación que les abre una puerta, que desde hace tiempo estaba bien cerrada. Los hechos constituyen ya un inicio de respuesta a la pregunta planteada por Fernand Dumont en 1995 y que obligan a pensar que el pesimismo sobre el tema fue exagerado. Solamente el futuro podrá decir si una nueva identidad compartida se construirá alrededor del francés, alrededor de la lengua común que juega un papel central en la construcción de la identidad, como lo



recuerda Lind a propósito del papel que el inglés juega en Estados Unidos.

Hay que subrayar que Quebec siempre ha creado instituciones públicas para servir a su minoría angloparlante emprendiendo también reformas administrativas. ¿Se puede decir lo mismo de otras provincias canadienses cuya mayoría es angloparlante?. Cuando se crearon los colegios de enseñanza pública (CEGEPS) en 1967-1968, el ministerio de Educación creó cuatro instituciones angloparlantes. Cuando los CLSC fueron creados unos años más tarde, Quebec espontáneamente creó los CLSC angloparlantes. Lo mismo sucedió en relación a las comisiones escolares durante las décadas anteriores, (véase los trabajos de Hubert Guindon 1990-1998). ¿Será necesario recordar cuántas universidades importantes angloparlantes existen en territorio quebequense? Un cambio importante sucedió con la percepción que los angloparlantes quebequenses tienen de sí mismos, cambio que se remonta a la Revolución Tranquila. Si ellos son mayoritarios en el universo de referencia canadiense, los angloquebequenses son minoritarios en el nuevo marco de referencia que entró en vigor Quebec después de los años sesenta. (Caldwell y Waddell, 1982). Hablando de los angloquebequenses, Jean Jacques Simard afirma:

Se diría que ellos han cambiado de lugar con su

- autrui privilegié —el otro privilegiado— (autrui que él califica como un nosotros); su horizonte abarca una nación cívica, política y territorial, mientras que el nosotros se agrupa en torno a filiaciones etno-lingüísticas pero sucede exactamente lo contrario. Ellos empezaron a construir y nosotros sobrevivimos; después que nosotros construimos, temieron por su supervivencia. (Simard, 1999, p. 61).

Aquí se puede apreciar un ejemplo de la inversión de discursos sobre uno mismo.

¿Los angloquebequenses están entonces en camino de convertirse en huérfanos de una nación, como sus conciudadanos canadienses-franceses en el Canadá-inglés? No, porque una diferencia importante los distingue de estos últimos, ya que la nación a la que se sienten vinculados sigue existiendo. Esa es una diferencia fundamental entre la minoría angloparlante de Quebec y las minorías canadienses-francesas del Canadá, que van más allá de que los angloparlantes de Quebec puedan contar con un entorno norteamericano ampliamente dominado por la lengua inglesa. Los angloquebequenses pertenecen a una nación que ella misma se afirmó de forma nueva en el movimiento de Canadá por construir una nación, además reforzado por la Ley constitucional de 1982. El paso de mayorías a minorías dentro de Quebec no les ha afectado tan profundamente como nación de referencia, en la realidad sucede lo contrario.

Aquí no se trata de hacer pensar que al incluirse los angloquebequenses al concepto y a la realidad de nación quebequense, como nuevo punto de referencia, sea algo completo ni siquiera en proceso, mas sería un error olvidar que los angloquebequenses son también de Quebec y que sus raíces se remontan profundamente en la historia de Bas-Canadá. Durante algún tiempo, desde mediados de los años sesenta, el vocablo “quebequense” era de hecho sinónimo de “canadiense francés” de Quebec —el multiculturalismo y la diversidad cultural no estaban a la orden del día ni en Quebec, ni en Canadá— y, por consiguiente, esta nueva definición de por sí no englobaba necesariamente a los angloparlantes (véase la obra de Marcel Rioux, 1974). Las cosas empezaron a cambiar en los años ochenta con el surgimiento de un nuevo discurso sobre la nación

quebequense. Se puede también decir que los angloquebequenses son hoy considerados por algunos como una minoría nacional quebequense en un universo más amplio que sería la nación quebequense, semejante a las minorías de lengua francesa dentro de la nueva nación canadiense. Esta percepción no es la que la mayoría de angloquebequenses tienen de sí mismos, porque contrariamente a lo que sucedió en el caso del Canadá francés, ellos no han abandonado su referencia canadiense; no son huérfanos de nación, aun cuando sientan que son minoritarios en la nueva sociedad quebequense que surgió desde hace más de 40 años.

Es prematuro afirmar que las minorías angloparlantes de Quebec, se redefinirán en su discurso de identidad como angloquebequenses en el sentido en que los francoparlantes de Ontario se definieron a sí mismos como franco-ontarienses en un periodo de 20 años. Pero la composición demográfica de la población de lengua inglesa en Quebec cambia rápidamente y con ella se modifican las relaciones con la mayoría francoparlante. Este último punto es importante mencionarlo, porque una parte de la comunidad angloparlante de Montreal proviene del multiculturalismo canadiense.

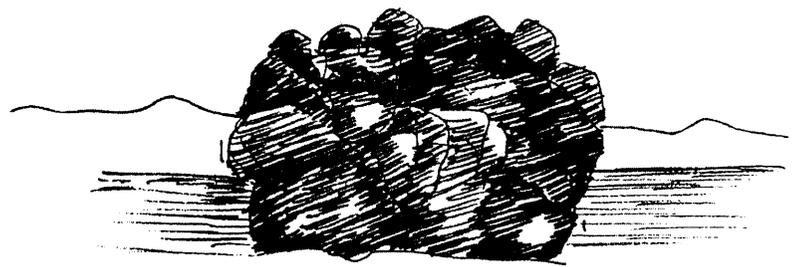
El proyecto político inicialmente impulsado por René Levesque siempre ha reconocido la presencia de los angloquebequenses y el reconocimiento de sus derechos como minoría nacional histórica. Este último, ha defendido muchas veces esta política en congresos a menudo polémicos, dentro de su partido. Este reconocimiento ya está actualmente asumido en las legislaciones quebequenses (en las leyes de acceso a los servicios de salud y servicios sociales principalmente) e incluso se reconoce un lugar al inglés como segunda lengua en Quebec en la enmienda a la ley 101, afirmando el carácter francés de Quebec; un compromiso por cierto, ampliamente aceptado por la población angloparlante de Montreal pero cuestionado por una minoría de activistas.

Durante mucho tiempo la minoría angloparlante de Quebec ha vivido al margen de la mayoría francoparlante, inscribiéndose más bien en el espacio público canadiense. Pero las cosas han cambiando a partir de los años sesenta. La minoría angloparlante

sostiene pláticas, en interacción —también en lucha— con la mayoría francoparlante, sobre el territorio quebequense como lo muestra la emergencia de instituciones angloquebequenses después de los partidos políticos (Equality Party- Partido Igualdad), hasta los grupos de presión (Alianza Quebec) que intentan hablar en nombre de los angloquebequenses. Es necesario añadir que la radicalización del discurso es reciente —y relativamente marginal— en el medio angloparlante. Pero lo más importante que hay que señalar, por ejemplo, es el hecho de que la minoría angloparlante ya no vive al margen y que se inscribe de manera activa en los debates que caracterizan a la sociedad quebequense desde hace décadas, como lo muestra la presencia de la palabra Quebec en el número de grupos de presión que lo representan. Sin embargo, no se ha llegado hasta el punto de redefinir su identidad inscribiéndose en el seno de la nación quebequense como lo han hecho por su lado los canadienses-franceses dentro del Canadá inglés en su concentración comunitaria.

d) Los amerindios y la nación quebequense

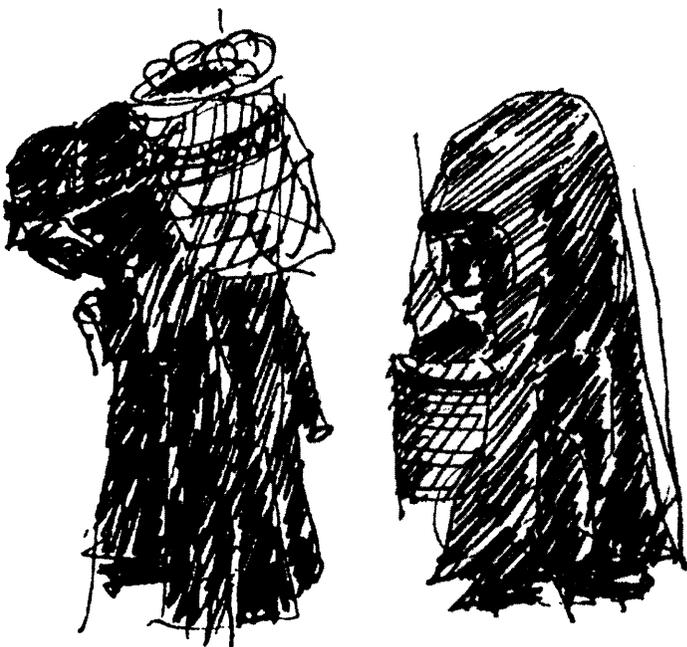
Seremos más breves sobre la cuestión autóctona. Los autóctonos se identifican como parte integral de la nación quebequense, no más de lo que sienten en relación con



la nación canadiense en sentido socio-lógico. Se definen ellos mismos como parte de naciones ancestrales que, ocupan un territorio desde hace milenios. (Delage, 2000). Los amerindios ya tienen una identidad colectiva que les es propia y gozan de un reconocimiento constitucional y sociológico (reconocimiento por parte de los otros grupos), es decir, constituyen pequeñas comunidades nacionales, lo que les obliga a inscribirse también en los conjuntos políticos más amplios, tal como sucede con la gran mayoría de las demás comunidades autóctonas del resto de América.

Se definen en relación con el estado en el que viven como miembros de una comunidad política. Los amerindios de Canadá se distinguen de los amerindios de Estados Unidos porque pertenecen a comunidades políticas diferentes.

¿El hecho de vivir en Quebec significa algún cambio para los amerindios? Los amerindios interactúan con la mayoría francoparlante que les rodea y cada vez más en la medida que se integran a las actividades económicas de sus medios respectivos y en las regiones que habitan. Sobre todo, las élites políticas y administrativas de las diversas naciones amerindias en el territorio, negocian con los funcionarios electos y los gestores del Estado quebequense, lo cual valida su inscripción gradual en la sociedad y en la nación política quebequense (véase, Simard, 2002).



¿Qué concluir?

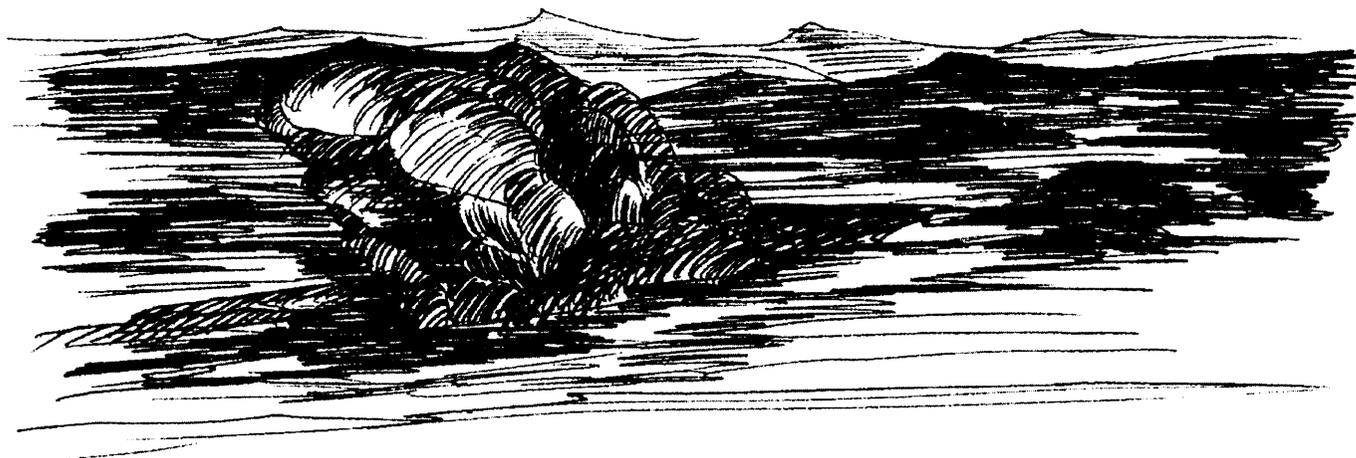
Quebec y Canadá (sin olvidar la nueva francofonía canadiense redefinida por el cambio comunitarista), han sido marcados por la refundación nacional a lo largo de la segunda mitad del siglo xx. La nueva nación quebequense se define a sí misma como una comunidad histórica y como una nación política; una nación idealizada que para unos, es un componente de la Federación canadiense y para otros, una nación soberana o en búsqueda de su independencia.

Esta representación de la nación ya es ampliamente aceptada y compartida hoy día, aun cuando numerosos problemas y dificultades se sigan presentando. La lengua francesa aparece como un eje central en esta construcción nacional de Quebec donde es reconocida y legitimada como lengua de la sociedad civil. Además, el Estado y las reglas de ciudadanía vigentes, comprendida la protección de los derechos de la minoría angloparlante, han sentado las bases de la nación política que se define también como comunidad histórica, moldeada por la presencia de una fuerte mayoría francoparlante —el tema político dominante— abierta a la integración de los recién llegados y respetuosa de los derechos históricos de la minoría angloparlante. La presencia de la inmigración ha contribuido a modificar las representaciones colectivas en Quebec, como se puede apreciar en la literatura y en los medios de comunicación. Finalmente, la comunidad angloparlante acepta y reconoce el nuevo estatus del francés en Quebec. Sin embargo, así como la mayoría francoparlante está dividida respecto de su futuro, la minoría angloparlante también lo está por la forma en que se define su lugar en la sociedad quebequense.

Bibliografía

- Baertschi, Bernard et Kevin Mulligan (sous la direction de), *Les nationalismes*, Paris, Presses universitaires de France, 2002.
- Bariteau, Claude 1998. *Québec 18 septembre 2001. Le monde pour horizon*, Montréal, Éditions Québec Amérique. 2000. «Le Québec comme nation politique, démocra-

- tique et souveraine», dans Michel Venne, *Penser la nation québécoise ...*, Montréal, Québec-Amérique, pp. 229-244.
- Beauchemin, Jacques 2000. «La communauté de culture comme fondement du sujet politique chez Fernand Dumont», *Bulletin d'Histoire Politique*, numéro spécial *Présence et pertinence de Fernand Dumont*, volume 9, numéro 1, automne, pp. 29-39.
2001. «Le sujet politique québécois: l'indicible 'nous'», dans Jocelyn Maclure et Alain-G. Gagnon (dirs), *Repères en mutation. Identité et citoyenneté dans le Québec contemporain*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp. 205-225.
- Bouchard, Gérard 1999. *La nation québécoise au futur et au passé*, Montréal, VLB éditeur.
2000. «Construire la nation québécoise. Manifeste pour une coalition nationale», dans Michel Venne (dir.) *Penser la nation québécoise ...*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp. 49-68.
2001. «Nation et cointégration: contre la pensée dichotomique», dans Jocelyn Maclure et Alain-G. Gagnon (dirs), *Identités et citoyenneté dans le Québec contemporain*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp. 21-36.
- Bouthillier, Guy 1997. *L'obsession ethnique*, Montréal, Lanctôt.
- Bourque, Gilles et Jules Duchastel 1996. L'identité fragmentée. Nation et citoyenneté dans les débats constitutionnels canadiens, Montréal, Fides.
- Caldwell, Gary 1988. «Immigration et nécessité d'une culture publique commune», *L'Action nationale*, 78, 8, pp. 705-711.
- Caldwell, Gary et Eric Wadell 1982. *Les anglophones du Québec: de majoritaires à minoritaires*, Québec, Institut québécois de recherche sur la culture.
- Caldwell, Gary et Julien Harvey 1994. «Le prérequis à l'intégration des immigrants: une culture publique commune au Québec», *L'Action nationale*, 84, 6, juin, pp. 786-794.
- Calhoun, Craig 1997. *Nationalism*, London, Open University Press.
- Cantin, Serge 1997. *Ce pays comme un enfant. Essais sur le Québec (1988-1996)*, Montréal, Éditions de l'Hexagone, coll. La ligne du risque.
- 2000a. «Nation et mémoire chez Fernand Dumont. Pour répondre à Gérard Bouchard», *Bulletin d'histoire politique, numéro spécial Présence et pertinence de Fernand Dumont*, 9, 1, automne, pp. 40-59.
- 2000b. «Pour sortir de la survivance», dans Michel Venne (dir.) *Penser la nation québécoise ...*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp. 85-102.
- Delâge, Denys 2000. «Le québec et les autochtones» dans Venne, *Penser la nation québécoise*, Montréal, Québec-Amérique, pp. 215-228.
- Dieckhoff, Alain 2000. *La nation dans tous ses états*, Paris, Flammarion.





- Dufour, Christian 2001. *Le défi québécois*, Québec, Les presses de l'Université Laval, (1ère édition 1989).
- Dufour, Frédéric-Guillaume 2001. *Patriotisme constitutionnel*. Sur Jürgen Habermas, Montréal, Liber.
- Dumont, Fernand 1990. «Quelle révolution tranquille ?», dans F. Dumont (dir.), *La société québécoise après 30 ans de changements*, Québec, Institut québécois de recherche sur la culture, pp. 13-23.
- Genèse de la société québécoise, Montréal, Boréal. 1995. *Raisons communes*, Montréal, Boréal.
- Gagné, Pilles 2000. «La société québécoise face à la globalisation», dans Michel Venne (dir.), *Penser la nation québécoise ...*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, p. 123-136.
- Gagné, Gilles et Simon Langlois 2002. *Les raisons fortes. Nature et signification de la souveraineté du Québec*, Montréal, Presses de l'Université de Montréal.
- Gagnon, Alain-G. 2001. «Le Québec, une nation inscrite au sein d'une démocratie étriquée», dans Jocelyn Maclure et Alain-G. Gagnon (dirs), *Repères en mutation. Identité et citoyenneté dans le Québec contemporain*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp.21-36.
- Gagnon, Alain-G. et François Rocher 1997. «Nationalisme libéral et construction multinationale : la représentation de la 'nation' dans la dynamique Québec-Canada», *Revue internationale d'études canadiennes* 16, automne, pp. 51-68.
- Gagnon, Alain-G. et James Tully (dirs) 2001. *Multinational Democracies*, Cambridge et New York, Cambridge University Press.
- Gerrans, Philippe 2002. «La localisation du nationalisme» dans Baertschi, Bernard et Kevin Mulligan (sous la direction de), *Les nationalismes*, Paris, Presses universitaires de France, pp. 13-28.
- Guindon, Hubert 1990. *Tradition, modernité et aspiration nationale de la société québécoise*, textes réunis et présentés par Roberta Hamilton et John L. McMullan, Montréal, Albert Saint-Martin.
1998. «Chronique de l'évolution sociale et politique du Québec depuis 1945», *Cahiers de recherche sociologique*, 30, pp. 33-78.
- Hall, John A. et Charles Lindholm 1999. *Is America Breaking Apart?*, Princeton, Princeton University Press.
- Helly, Denise 1997. «Les transformations de l'idée de nation», dans Gérard Bouchard et Yvan Lamonde (dir.), *La nation dans tous ses états*, Paris, L'Harmattan, pp. 311-336.
2001. «Les limites du multiculturalisme canadien», dans Michel Wieviorka et Jocelyne Ohana (dir.), *La différence culturelle. Une reformulation des débats*. Colloque de Cerisy. Paris, Balland, pp. 414-427.
2002. «Minorités ethniques et nationales : les débats sur le pluralisme culturel», dans *L'Année sociologique, Voies nouvelles de la sociologie* (numéro spécial sous la

- direction de M. Forsé et S. Langlois), volume 52, numéro 1, pp. 147-181.
- Helly, Denise et Michel van Schendel (dirs) 2001. *Appartenir au Québec. Citoyenneté, nation et société civile*, Québec, Les éditions de l'IQRC, Coll. Culture et société.
- Hobsbawm, E. J. 1990. *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hroch, M. 2001. «Historical aspects of nationalism: the West», dans Neil J. Smelser et Paul B. Bates, *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, New York, Elsevier, 2001, pp.10357-10365.
- Ignatieff, Michael 1994. *Blood and Belonging. Journeys into the New Nationalism*, London, Vintage, 201 p.
2000. *The Rights Revolution*, Toronto, Anansi.
- Keating, Michael 2001. «Par-delà la souveraineté. La démocratie plurinationale dans un monde postsouverain», dans Jocelyn Maclure et Alain-G. Gagnon (dirs), *Repères en mutation. Identité et citoyenneté dans le Québec contemporain*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp. 67-104.
- Kymlicka, Will 1995. *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Groups*, Oxford, Clarendon Press, p.280
1996. «Démocratie libérale et droits des cultures minoritaires», dans France Gagnon, Marie McAndrew et Michel Pagé (dir.), *Pluralisme, citoyenneté et Éducation*, Paris, L'Harmattan, pp. 25-52.
2001. *Politics in the Vernacular: Nationalism, Multiculturalism and Citizenship*, Oxford, Oxford University Press, p. 383
- Lamonde, Yvan 2001. *Allégeances et dépendances. L'histoire d'une ambivalence identitaire*, Québec, Éditions Nota bene.
- Langlois, Simon 1999. «Canadian identity: a francophone perspective», dans P. Robert Magocsi (ed.). *Encyclopedia of Canada's People*, Toronto, University of Toronto Press, pp. 323-329.
1991. «Le choc de deux sociétés globales», dans *Le Québec et la restructuration du Canada 1980-1992*, sous la direction de Louis Balthazar, Guy Laforest et Vincent Lemieux, Sillery, Septentrion, pp. 93-108.
1994. «Un cas typique de mutation de la référence nationale: le Canada français», dans *Identité et cultures nationales. L'Amérique française en mutation*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, coll. Culture française d'Amérique, pp. 3-14.
- Lemaire, Paul-Marcel Nous Québécois, Montréal, Léméac. Létourneau, Jocelyn 2000. *Passer à l'avenir : histoire, mémoire, identité dans le Québec d'aujourd'hui*, Montréal, Boréal. Létourneau, Jocelyn et Anne Trépanier (coll.)
1997. «Le lieu (dit) de la nation: essai d'argumentation à partir d'exemples puisés au cas québécois», *Revue canadienne de science politique*, XXX, 1, mars.
- Lind, Michael 1995. *The Next American Nation. The New Nationalism and the Next American Revolution*, New York, The Free Press.
- Maclure, Jocelyn et Alain-G. Gagnon (dirs) 2001. *Repères en mutation. Identité et citoyenneté dans le Québec contemporain*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats.
- Martel, Marcel 1996. *Le deuil d'un pays imaginé : rêves, luttes et déroute du Canada français: les rapports entre le Québec et la francophonie canadienne, 1867-1975*, Ottawa, Presses de l'Université d'Ottawa.
- Mathieu, Geneviève 2001. *Qui est Québécois? Synthèse du débat sur la redéfinition de la nation*, Montréal, VLB éditeur.
- Mendras, Henri 1997. *L'Europe des Européens: sociologie de l'Europe occidentale*, Paris, Gallimard.
2002. *La France que je vois*, Paris, Éditions Autrement, coll. Frontières.
- Nielsen, Kai 1998. «Un nationalisme culturel, ni ethnique ni civique», dans Michel Sarra-Bournet (dir.), *Le pays de tous les Québécois. Diversité culturelle et souveraineté*, Montréal, VLB éditeur, pp. 143-159.
- Rioux, Marcel 1974. *Les Québécois*, Paris, Éditions Le Seuil.
- Robin, Régine 1994. «Citoyenneté culturaliste, citoyenneté civique», dans Khadiyatoulah, Fall et alii, *Mots, représentations*, Ottawa, Presses de l'Université d'Ottawa.
- Roby, Yves 2001. *Les Franco-Américains de la Nouvelle-Angleterre*, Québec, Septentrion.
- Rocher, Guy 2000. «Des intellectuels à la recherche d'une nation québécoise», dans Michel Venne (dir.) *Penser la nation québécoise ...*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, p. 283-296.
- Salée, Daniel 2001. «De l'avenir de l'identité québécoise», dans Jocelyn Maclure et Alain-G. Gagnon (dirs), *Repères en mutation. Identité et citoyenneté dans le Québec contemporain*, Montréal, Québec-Amérique, coll. Débats, pp. 127-132.
- Sarra-Bournet, Michel (dir) 1998. *Le pays de tous les Québécois. Diversité culturelle et souveraineté*, Montréal, VLB éditeur.
- Schwimmer, Eric 1995. *Le syndrome des plaines d'Abraham*, Montréal, Boréal.
- Schnapper, Dominique 1994. *La communauté des citoyens*, Paris, Gallimard, 228 p.
1998. *La relation à l'autre. Au cœur de la pensée sociologique*, Paris, Gallimard, coll. Essais.

- Seymour, Michel 1999. *La nation en question*, Montréal, L'Hexagone.
2001. *Le pari de la démesure. L'intransigeance canadienne face au Québec*, Montréal, L'Hexagone.
- Simard, Jean-Jacques 1977. «*La longue marche des technocrates*», *Recherches sociographiques*, 18, 1, pp.93-132.
1979. «*Québec & frères, Inc. La cybernétisation du pouvoir* », *Recherches sociographiques*, 20, 2, p. 239-261.
- 1980a. «*Fragments d'un discours fatigué sur les identités québécoises*», *Recherches sociographiques*, 21, 1-2, pp.163-179.
1983. «*Où sont passés les Roughmen? Le destin du Québec anglais*», *Recherches sociographiques*, 24, 3, pp.391-412.
- «*L'identité comme acte manqué*», *Recherches sociographiques*, 36, 1, pp.103-111.
1999. «*Ce siècle où le Québec est venu au monde*», dans Roch Côté (dir.), *Québec 2000*, Montréal, Fides, pp. 18- 77.
2002. «*Mise à jour de l'étude intitulée 'Le problème autochtone'*», dans Commission Corbo, *Mises à jour des études originellement préparées pour la Commission sur l'avenir politique et constitutionnel du Québec 1990-1991 et pour la Commission parlementaire d'étude des questions afférentes à l'accèsion du Québec à la souveraineté 1991-1992*, Québec, Ministère du Conseil exécutif, pp. 223-245.
- Smith, Donald 1997. *D'une nation à l'autre. Des deux solitudes à la cohabitation*, Montréal, Stanké.
- Snyder, L. L. 1954. *The Meaning of Nationalism*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ.
- Taylor, Charles 1992. *Multiculturalism and the 'The Politics of Recognition'*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 112 p.
1994. «*The Politics of Recognition*», dans Amy Gutmann (ed.), *Multiculturalism. Examining the Politics of Recognition*, Princeton, Princeton University Press, p. 25-74.
2000. «*Nation culturelle, nation politique*» dans Venne, *Penser la nation québécoise...*, Montréal, Québec-Amérique, pp. 37-48.
- Venne, Michel (dir.) 2000. *Penser la nation québécoise ...*, Montréal, Québec-AAAmérique, coll. Débats.
- Warren, Jean-Philippe 2000. «*L'état de la nation*», *Bulletin d'histoire politique*, numéro spécial *Présence et pertinence de Fernand Dumont*, volume 9, numéro 1, automne, pp. 60-70.





René Derouin

Ilustraciones tomadas del libro *Ressac. De migrations au largage*

Derouin 52